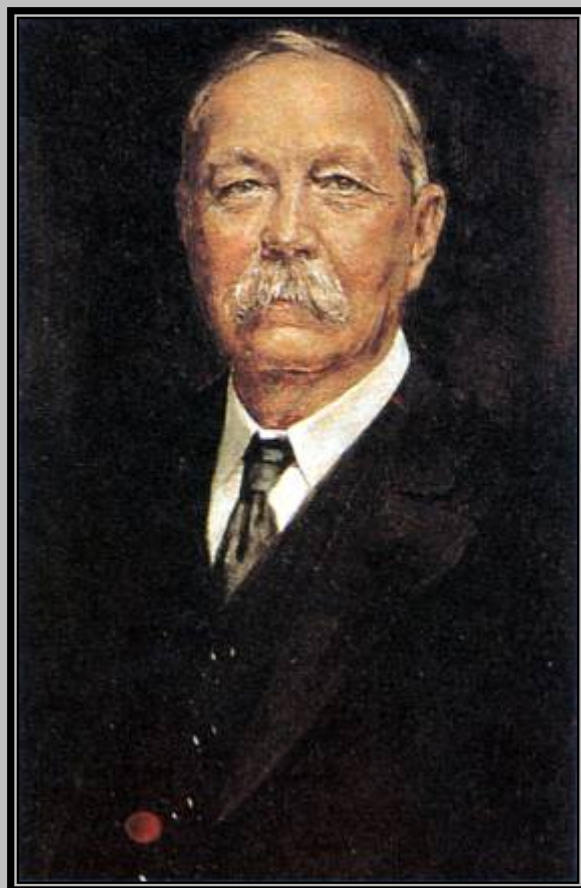


SIR ARTHUR CONAN DOYLE



Sherlock-Holmes.es

Capítulo XI. Un título de nobleza

A principios de 1902, el rey Eduardo VII, recién coronado tras el fallecimiento de su madre, la reina Victoria, ofreció a Conan Doyle nombrarle Sir. El motivo no era honrar al autor de Sherlock Holmes, sino premiar la labor realizada por Doyle en pro de la causa británica en la guerra de los bóers. La primera reacción de Conan Doyle fue de incredulidad y, tras reflexionar detenidamente, decidió rechazar un honor del que no se consideraba merecedor. Una vez más, May Doyle convenció a su hijo para que hiciera lo correcto. Finalmente, el escritor aceptó la distinción, pero no por su defensa de la causa británica en la guerra, sino por lo que había hecho en favor del soldado británico, tan vilipendiado por la prensa extranjera. Ya durante la guerra de los bóers,



Coronación del rey Eduardo VII en la catedral de Westminster.



Ilustración de Sidney Paget para El perro de los Baskerville.

ya también en los años siguientes, Arthur Conan Doyle se había convertido en una figura pública. Su fama alcanzaba a personas que jamás habían leído nada de Sherlock Holmes. Los políticos habían empezado a mirar con cierto interés al famoso escritor que, además, se interesaba vivamente por los asuntos públicos y por la política.

Los dos principales partidos habían intentado contar con su apoyo para las elecciones de 1900, y aparecieron artículos en la prensa que apuntaban la posibilidad de que Conan Doyle iniciara una carrera política. Sabía vivir, tenía facilidad de palabra, se sentía cómodo rodeado de la multitud y se sentía obligado con su país. Conan Doyle no era, evidentemente, un radical. Defensor a ultranza de la grandeza del Imperio británico, desconfiaba de la naciente Alemania y creía en la necesidad de contar con un ejército y una armada fuertes. No le gustaba el líder liberal Henry Campbell-Bannerman y, en un principio, pensó enfrentarse a él como independiente, pero al final tomó la decisión de alinearse con los unionistas. Las elecciones generales de 1900 habían ido bien para el partido de Doyle, pero no para él. Edimburgo era un hueso duro de roer para un unionista. Aunque Doyle lo hizo bien, mucho mejor de lo que esperaban sus enemigos, no ganó el escaño.

En su afán de popularidad para llegar al Parlamento, Doyle revisó en 1901 la idea de escribir un nuevo relato de Sherlock Holmes. No deseaba resucitar al detective, pero estudiaba la posibilidad de situar la acción en los primeros tiempos de Holmes, mucho antes de su desaparición en las cataratas de Reichenbach.

El perro de los Baskerville.

Bertram Fletcher Robinson, un amigo y compañero de golf de Doyle, fue el encargado de disipar las últimas dudas del novelista.

Un día, mientras jugaban juntos, Robinson mencionó una extraña leyenda que se contaba en Dartmoor, sobre un demoníaco perro que había atemorizado a los habitantes de la región. La historia interesó sobremanera al escritor, que convenció a Robinson para que le acompañase a los páramos de Dartmoor para investigar más sobre la leyenda. Así, tras el viaje, nació *El perro de los Baskerville*, probablemente la novela más famosa de Sherlock Holmes, a medio camino entre la novela de detectives y la novela gótica.



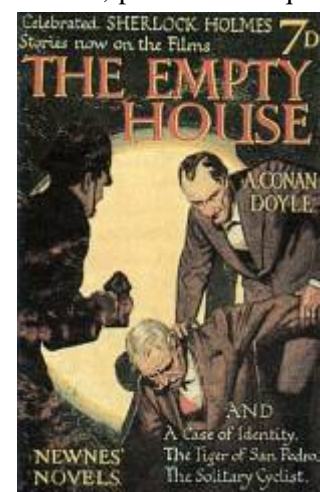
En un momento de la narración de *El perro de los Baskerville*, Watson observa cómo alguien se acerca al escondite que ha descubierto.

Se ha derramado mucha tinta sobre la participación de Robinson en el relato. La actitud de Conan Doyle, que pasó de citar a Robinson como colaborador, a terminar asegurando que simplemente había mencionado la leyenda, dio pie a sus detractores para especular sobre el asunto.

Hay opiniones para todos los gustos, pero la realidad es que el original estaba manuscrito por Doyle, y los personajes y la historia tienen el sabor propio de sus relatos. La novela se publicó por entregas en el "Strand", en 1901, con un éxito que superó las previsiones más optimistas. Sólo de la primera entrega se imprimieron siete ediciones. Al año siguiente, se publicó en forma de novela, con un éxito aún mayor.

Conan Doyle insistía en que no tenía ninguna intención de resucitar a Holmes, pero el éxito que supuso *El perro de los Baskerville* desencadenó una verdadera lluvia de ofertas de editores de Londres y Nueva York. Todos ardían en deseos de publicar nuevas historias del detective de Baker Street.

Ante la negativa de Doyle, las sumas ofrecidas empezaron a crecer hasta llegar a cifras a las que resultaba difícil resistirse. La revista "Collier's" de Nueva York llegó a ofrecer 4.000 dólares por cada relato, con independencia de la extensión que tuviese. Estaban interesados en un mínimo de seis relatos, pero se comprometían a publicar todos los que escribiese. Doyle, absolutamente perplejo ante las increíbles cifras que se manejaban, pensó que tal vez había llegado el momento de devolver la vida a Holmes. Poco después, vencida del todo su reticencia, firmó un contrato con



La casa deshabitada fue el primer relato de la nueva serie
La reaparición de Sherlock Holmes.

"Collier's" para ocho relatos, prorrogable a doce.

La reaparición de Sherlock Holmes.

Tras tomar la decisión de resucitar a Sherlock Holmes, el problema para Conan Doyle era cómo hacerlo de forma que resultara creíble. Holmes había muerto en Reichenbach, Watson era testigo y existía la carta de despedida que Holmes había dejado para el doctor. De pronto, Doyle encontró la solución: si Sherlock Holmes podía descifrar el pasado, también sería capaz de prever el futuro.

Muerto Moriarty en la caída, Holmes ve la posibilidad de librarse del acoso de sus seguidores, fingiendo su propia muerte. Si sus enemigos creen en su desaparición, le resultará más fácil acabar con ellos. Sólo su hermano Mycroft conocía la verdad durante todos estos años. Esta es la explicación que da Holmes cuando se encuentra con Watson en *La casa deshabitada*, el primer relato de la nueva serie.

Holmes cuenta a Watson cómo escribió la carta dirigida a él, mientras, desde abajo, le veía investigar las circunstancias de su muerte. La explicación incluye un sardónico comentario sobre el patetismo y la ineficacia de los métodos de Watson. El relato nos muestra a un Holmes fértil, con más recursos que nunca, y a un Watson cariñoso y leal amigo. Ningún otro relato describe con tanta precisión la amistad que une a Holmes y Watson. El 19 de septiembre de 1903, "Collier's" anunciaba en portada la publicación, en el siguiente número, "de la más notable serie de relatos cortos del año, *The Return of Sherlock Holmes* (*La reaparición de Sherlock Holmes*) por Sir Arthur Conan Doyle".



Capítulo XII. Un momento crucial

Tras el "Collier's", en Estados Unidos, fue el "Strand" el encargado de dar la buena nueva en Inglaterra. Holmes vivía, había logrado sobrevivir al accidente de Reichenbach y volvía dispuesto a embelesar a sus seguidores con nuevas y emocionantes aventuras. Los ingleses recibían con alborozo el anuncio de la nueva serie, que se titularía *The Return of Sherlock Holmes*. El primer relato que se publicó, *The Adventure of the Empty House* (*La casa deshabitada*), conoció un éxito sin precedentes. La explicación que daba Holmes de su desaparición satisfizo completamente a los fieles seguidores del detective, que celebraban la singular inteligencia y agudeza de Holmes para esquivar de esta manera a sus enemigos y poder así acabar con ellos.

Una complicada situación familiar.

Los nuevos relatos de Sherlock Holmes y las enormes sumas que recibía por ellos llenaban de satisfacción a Conan Doyle, que saboreaba las mieles del éxito. Su carrera literaria estaba en su mejor momento, todo lo contrario que su vida familiar, que era un completo desastre. Louise, su esposa, se encontraba tan débil que casi no hablaba, y algunos días incluso abrir los ojos le costaba un descomunal esfuerzo. Conan Doyle la cuidaba con profundo afecto, pero se rebelaba ante el avance de una enfermedad que ganaba terreno día a día. Nada se podía hacer sino esperar, y el hombre de acción se negaba a aceptar lo que para todos los demás resultaba evidente. Por otro lado, el escritor mantenía su relación con la joven Jean Leckie, de la que se sentía profundamente enamorado. En su madurez, Conan Doyle se había enamorado con la pasión de un colegial. Pero la imposibilidad de consumar esta relación en vida de su esposa, de acuerdo con la promesa que se había hecho a sí mismo, le volvía irascible y a veces incluso desagradable. Había momentos en los que él, que con tanto desvelo y cariño había cuidado a su esposa durante los últimos años, llegaba a desear un plácido final para Louise, que le librara de sus obligaciones y le permitiera ser feliz junto a Jean. Ni sus éxitos literarios y deportivos -se había convertido en un gran jugador de cricket- podían paliar el remordimiento que le producía su deseo de que la muerte de Louise le abriera las puertas de la felicidad. Jean, por su parte, conocedora de los sentimientos que atormentaban a Doyle, era paciente y de una discreción exquisita. Jamás mencionaba a Louise, salvo cuando la angustia hacía que el escritor introdujera su nombre en la conversación. Día tras día, Jean calmaba sus miedos y le consolaba diciéndole que jamás le abandonaría, pasase lo que pasase. Las palabras de Jean actuaban como un bálsamo sobre el



Retrato de Louise Hawkins, primera esposa de Conan Doyle, en la que probablemente se inspiró el escritor para crear a la dulce y comprensiva señora Watson.



La señorita Jean Leckie.

inquieto Doyle, que recobraba, por lo menos momentáneamente, la paz.

Louise Doyle, más o menos al corriente de la relación que su marido mantenía con Jean Leckie, le disculpaba. Le amaba y le conocía demasiado bien como para ignorar lo que suponía, para un hombre tan vital como Doyle, vivir tanto tiempo velando a una esposa enferma. Sabía lo cercana que estaba su muerte, y estaba más preocupada en la preparación del desgraciadamente próximo viaje que en las posibles infidelidades de Conan Doyle.

Los familiares y amigos del matrimonio Doyle conocían perfectamente la relación de Doyle con Jean, aunque fingieran ignorarlo. Pero la pareja tenía ya demasiados problemas como para preocuparse de lo que pensarán los de alrededor. Por otra parte, al no dar ningún motivo evidente de escándalo, la sociedad, que se regía por el respeto a las apariencias, se negaba a ver lo que era evidente.

Un final esperado.

A principios del verano de 1906, el estado de Louise empeoró y, tras una corta agonía, falleció a las tres de la madrugada del 4 de julio. Lady Conan Doyle tenía cuarenta y nueve años. Su marido, el gran escritor, se derrumbó y lloró como un niño. Toda la armadura de la que le había equipado su educación británica, inflexible en la prohibición de mostrar los sentimientos, le sirvió de poco. Conan Doyle parecía un niño desamparado. Su llanto era una extraña mezcla de dolor y remordimiento.

Conan Doyle comprendía que hacía años que no amaba a su esposa, y era consciente de que nunca la había amado con la pasión que ahora sentía por Jean. Sin embargo, Louise había sido una gran compañera, probablemente la mejor amiga que tendría nunca, y ella sí le había amado. El único consuelo para Doyle era pensar en el afecto que había profesado siempre a su esposa, y en el respeto que había presidido su relación hasta el último momento. Tras el entierro de Louise en Hindhead, familiares y amigos demostraron su condolencia a Conan Doyle con continuas muestras de afecto. Pero el escritor se sentía culpable, y éste era un sentimiento difícil de borrar con cariñosas muestras de respeto y amistad. Recibía cientos de cartas de amigos y admiradores de todo el mundo, pero él se sentía enfermo. Los médicos certificaban un excelente estado de salud y añadían que todos sus males eran producto del dolor. Finalmente, al cabo de unos meses, Jean, que se había mantenido en la sombra, tomó las riendas y decidió que había llegado el momento de olvidar el pasado y pensar en el futuro. Vencida la indecisión de Doyle, la pareja contrajo matrimonio el 18 de septiembre de 1907. Conan Doyle tenía cuarenta y ocho años, cerraba un importante capítulo de su vida e iniciaba una nueva etapa junto a Jean. Después de años de esperar el momento, éste había llegado. Conan Doyle no podía cerrar las puertas a la felicidad.